

HACIA UN MANIFIESTO

POR LAURA URIBE,
EN COLABORACIÓN CON MARIANA VILLEGAS Y SABINA ALDANA.

Este manifiesto es un intento por plasmar una impresión subjetiva de lo que algunos artistas hemos atravesado durante esta pandemia (Covid-19). Principalmente artistas de la escena, dado que nuestro arte es un arte de la convivencia cuerpo a cuerpo, del encuentro y justo el encuentro, es lo que hoy ante esta pandemia, parece ser lo más peligroso y lo más lejano.

I. ESTAMOS ROTOS.

La pandemia trajo consigo convulsiones, mutaciones y migraciones. Nos hizo salir a toda la humanidad de nuestra zona de confort, de los lugares conocidos, comenzamos a movernos temerosos por sitios desconocidos, inespecíficos, con el intento de desafiar a la parálisis y buscar estrategias para sobrevivir.

México, cerró el 2020 con alrededor de 20 millones de personas sin empleo y la mitad de las personas que sí tienen, su salario no les alcanza para la canasta básica alimentaria.

Familias enteras han tenido que dejar sus casas, migrar a vivir a sus autos, si es que tienen uno, por que ya no pudieron pagar la renta.

Miles de jóvenes y no tan jóvenes, se vieron obligados a volver a casa de sus padres, a consecuencia de la imposibilidad de sostener su independencia económica. Lo que se intuía frágil previo a la pandemia, se terminó rompiendo durante esta.

Quienes por fortuna hemos logrado esquivar el virus, hemos tenido también el gran desafío de esquivar la inmensa precariedad, que junto con el virus entró como tsunami por las puertas y ventanas de nuestros hogares.

Esta circunstancia obviamente, no ha sido una excepción para los que nos dedicamos al arte.

Según un informe publicado en El País, apunta que los efectos de la crisis por la pandemia se sentirán en la cultura “durante un decenio”.

La industria cultural mas afectada ha sido la de las artes escénicas.

Hoy, muchas cosas se han roto, comenzando por vidas, estructuras, ideales, negocios, espacios, casas, proyectos y expectativas que el virus enterró.

Si bien, no es la primera crisis sanitaria mundial a la que se enfrenta la humanidad, sí es la que nos está tocando encarar a nosotrxs y esto nos ha llevado a preguntarnos, qué fue lo que se rompió y qué es lo que creemos que hay que reforestar individual y colectivamente, en estos tiempos convulsos que atravesamos.

II. UNA DOBLE REALIDAD

Esta pandemia pone en evidencia que las artes escénicas, siempre han jugado el papel de la precariedad.

Nos dimos cuenta de que algo se rompió, se desarticuló y se desenmascaró una ilusión, la ilusión de que teníamos en México una escena que funcionaba, que parecía que estaba en una estabilidad que hoy reconocemos ficticia.

Y también reconocimos que muchos hemos sido dependientes del sistema cultural paternalista y que muchas veces no sabemos qué hacer cuando nos sueltan la mano.

III. OTROS ESCENARIOS

Esta pandemia nos ha obligado a transformarnos.

Entendimos que el artista es necesario pero no siempre sobre un escenario, hay otros espacios de acción que no son los que frecuentábamos.

Aceptamos que la sociedad en crisis no tiene por que adaptarse al arte, es el arte el que debe recordar que trabaja para la sociedad.

También pensamos que el ser humano necesita espacios de catarsis colectiva y que el teatro, quizás, puede ser solo uno de ellos.

IV. EL TEATRO EN LA COCINA.

Actores, bailarines, artistas de diversas disciplinas, escarbamos en nuestra memoria, rastreamos en las noches en vela alguna capacidad que podríamos tener que no fuese actuar, tocar algún instrumento, bailar o hacer teatro.

Desafiamos la parálisis metiéndonos a la cocina, nos reinventamos creando nuevas recetas, hurgamos en las recetas de las abuelas, en la memoria de los postres de la infancia, reinventamos los platillos para compartirlos con los demás y así poder resistir a la incertidumbre con algo que hacer.

Nos dimos cuenta que sabíamos hacer más cosas que las que creíamos saber, que actuar o bailar no era lo único y que había cosas más esenciales como comer.

Nos quitamos la idea de sólo ser artistas, nos pudimos ver en otros espacios, superamos el miedo, la vanidad y la vergüenza. Confrontamos nuestros prejuicios y descubrimos que sin ser panaderas, ni chefs, ni comerciantes, podemos serlo.

La mayoría de nosotrxs aprendimos a extender puentes de empatía al cocinar para otrx.

Encontramos satisfacción en el complacer el paladar del otro, en el reconocimiento a través del gusto, del sabor.

Recordamos el significado de la tribu, de la comunidad, y que sin ella no podemos sobrevivir.

Ahora que los espacios escénicos están cerrados, aceptamos, no sin dolor, que podemos dejar de hacer

el teatro que conocimos, que no podemos dejar de crear, pero tampoco podemos dejar de comer.

La cocina, como el teatro, requieren tiempo, mucho, el tiempo suficiente para darle un sentido a nuestra vida.

V. MIGRAMOS HACIA NUESTRAS COCINAS.

Los artistas tenemos una debilidad o quizás una fortaleza, queremos ser amados y lo manifestamos a toda costa, tenemos poca vergüenza de pedir amor, reconocimiento, por que trabajamos para el otro.

Ayer fueron nuestras voces, cuerpos, los sonidos y las vibraciones de nuestro sudor, lo que empleamos como medio para lograr entender el mundo, hoy nuestro medio es la comida. Migramos a nuestras cocinas para volver a tejer el sentido.

La cocina, es un espacio de autonomía y de empoderamiento, aunque también muchas veces nos sabe a nostalgia y otras, se manifiesta como una estrategia para acortar distancias.

A través de la comida, encontramos nuevas formas de relacionarnos con nuestra economía, otros modos de estar presentes sin poder estarlo, volvimos a lo más antiguo de las civilizaciones; el comercio de los alimentos.

Las ganancias de la comida que vendemos, en realidad no nos da lo suficiente como para poder pagar la renta, pero el teatro tampoco nos lo dió.

Cocinar, nos ha recordado que ser paciente es importante y que comer siempre va a ser más necesario, que ver una obra de teatro.

Hicimos pasteles, tostadas, postres, pizzas, hayacas, panes, tamales, vendimos mezcal, quesos, monchis y repartimos en RAPPi. Evocamos la sensación de la creación, al amasar, batir, moler y hornear, por que como dijera Paul B. Preciado; La alegría también se aprende. La alegría es una tecnología de vida. Y también, la alegría es una técnica de resistencia.

ESCRITO A PARTIR DE VOCES DE ARTISTAS ESCÉNICXS RESIDENTES EN MÉXICO, RECOLECTADAS
PARA EL PROYECTO:

ARCHIVO MIGRACIÓN, UN BODEGÓN CONTEMPORÁNEO. *Retratos sonoros de diversas perspectivas sobre
nuestro mundo cambiante en tiempos de pandemia, a través de la comida.*

VOCES RECABADAS:

Sabina Aldana
Belén Aguilar
Josué Cabrera
Paullete Caro del Castillo
Natalia Fuentes
Ilona Goyeneche
Mónica Jiménez
Abraham Jurado
Rosa Landabur
Héctor Luna
Gabriela Ornelas
Mauricio Rico
NawXoxitl Ximena Rodríguez
Fabiola Uribe González
Laura Uribe
Mariana Villegas

CDMX, A 28 DE ENERO DEL 2021.